

Cuba y las lecciones de las transiciones de Europa del Este

Tibor Papp

INTRODUCCIÓN

Pocos científicos sociales pronosticaron la dramática caída del Imperio Soviético y el subsiguiente rechazo generalizado hacia el socialismo de estado. Es más, la mayoría observó con pesimismo el inicio de las transiciones hacia la democracia y el mercado libre. No obstante, el ascenso de generales, sacerdotes y demagogos que previera Ken Jowitt resultó ser más bien la excepción que la regla en los estados poscomunistas. La advertencia de Jadwiga Staniszkis de que, en ausencia de una genuina sociedad civil, la movilización política de la población sería posible sólo a partir de líneas nacionalistas o fundamentalistas apenas suscitó interés. Incluso los temores de Janos Kornai respecto a las dificultades de la imposición por mandato de las economías de mercado libre parecen hoy rebuscados. Países como la República Checa, Polonia, Hungría, Eslovenia, Eslovaquia y los estados Bálticos lograron privatizar segmentos considerables de las empresas estatales, revertir la recesión económica inicial, alcanzar un crecimiento, atraer inversiones extranjeras, integrarse, en algunos casos, a la estructura económica y militar occidental, mantener la estabilidad social y política, e iniciarse en el camino hacia la consolidación de la democracia. Incluso Rumanía y Bulgaria, que hasta hace poco dudaban sobre la conveniencia de llevar a cabo reformas más profundas, han tomado, al parecer, un camino similar.

Estas observaciones indican que las perspectivas de transición en Cuba, e incluso de una transición satisfactoria, no son tan sombrías como parecen. Sin embargo, una investigación más minuciosa sobre la utilidad de la experiencia de Europa del este nos obliga a plantearnos que las transiciones son fenómenos específicos de cada país,

pues no se modelan solamente según la voluntad de los individuos que toman las decisiones, sino que dependen también de factores económicos, sociales, culturales, demográficos e históricos preexistentes. En consecuencia, el consenso general parece señalar que ningún modelo particular de transición puede ser imitado con éxito.

En tanto que las lecciones que brindan los grandes modelos tienden a ser ambiguas y poco concluyentes, se puede afirmar que la experiencia de Europa del este ofrece algunas claves importantes para los países que tienen ante sí una tarea similar, sobre todo en el nivel de la toma de decisiones estratégicas en las esferas económica, política y social. La comparación y evaluación de las políticas que se han seguido en cada uno de estos países durante sus transiciones, podrían dar respuesta a cuestiones tales como: 1) la importancia del ritmo y el momento que se selecciona para realizar las reformas, 2) hasta qué punto un marco legal regulador debe estructurar la actividad económica, 3) la amplitud que deben tener las restituciones de propiedades nacionalizadas anteriormente, y las estrategias que se deben seguir a lo largo de este proceso, 4) el papel que deben desempeñar las élites del exilio, y 5) el papel del estado en la conformación y el mantenimiento del nuevo orden político y social.

RITMO, MOMENTO Y ENTORNO REGULADOR DE LA PRIVATIZACIÓN

En general, las alternativas políticas en la transición hacia el mercado libre pueden variar desde las rápidas y esenciales situadas en uno de los extremos hasta las lentas y superficiales en el otro. Al mismo tiempo, el entorno regulador de la privatización puede ser libre, con una mínima participación estatal, o controlado, lo que implica una intervención más profunda en el proceso por parte del estado. Los hechos indican que aquellos países que comenzaron temprano la privatización y siguieron las tendencias de las fases iniciales, tuvieron mejores resultados para revertir la recesión económica, atraer la inversión extranjera, controlar la inflación, y mantener el orden político y social. De los países poscomunistas, la República Checa, Hungría, Polonia, Eslovaquia, Eslovenia y los estados Bálticos son los más representativos en este sentido.

Por otra parte, el entorno regulador de la privatización estuvo determinado en parte por las estrategias puestas en práctica al principio, y se reestructuró, también parcialmente, a partir de los resultados de estas estrategias. Algunos países como Checoslovaquia, y hasta cierto punto Polonia y Hungría, siguieron las teorías económicas neoclásicas de las Escuelas de Viena y Chicago. De acuerdo con estas teorías, la liberalización de las actividades empresariales se debía llevar a cabo con una participación mínima del estado y enmarcarse dentro de un entorno legal regulador flexible. Según Vaclav Klaus y Tomas Jezek, los principales diseñadores de la transición económica en Checoslovaquia, un entorno de este tipo no sólo liberaría, sino que potenciaría al máximo las fuerzas creativas del mercado, facilitando el surgimiento de una nueva clase empresarial trabajadora, ética y honesta en un período de tiempo

relativamente corto. Otros países como Eslovaquia, a partir del Divorcio de Terciopelo de 1993, Eslovenia, Rumanía, Bulgaria, así como Polonia y Hungría después de las elecciones de 1992, optaron por una intervención mayor del estado y un ritmo más pausado en sus reformas. Por último, Albania decidió elegir, al parecer, una baja participación estatal y una categoría de reformas lentas y superficiales. (Obsérvese el gráfico 1).

Gráfico 1. *Alternativas políticas dentro de la transición del socialismo de estado hacia la economía de mercado.*

GRADO DE PARTICIPACIÓN ESTATAL Y MARCO REGULADOR

RITMO Y ESENCIA DE LAS REFORMAS	BAJA PARTICIPACIÓN ESTATAL Y REGULACIONES FLEXIBLES	ALTA PARTICIPACIÓN ESTATAL Y FUERTES REGULACIONES
Rápidas y profundas	Checoslovaquia (1990-93), Polonia (1989-92), Hungría(1990-93)	Polonia (1993-97), Eslovenia, Eslovaquia (1993-97), Hungría (1993-97), Países Bálticos.
Lentas y superficiales	Albania	Rumanía y Bulgaria

Si tomamos a la República Checa, con su alto desarrollo industrial, como punto de referencia de una transición económica profunda y rápida, regulada de manera flexible, entonces las alternativas adoptadas son, al parecer, acertadas. El rendimiento económico del país, lejos de verse afectado por el Divorcio de Terciopelo de Eslovaquia en 1993, mejoró. Los niveles de inflación y desempleo continuaron bajo control, y la inversión extranjera directa continuó fluyendo, lo que a su vez contribuyó a un crecimiento del PNB del 4-5% en 1995 y 1996. No obstante, en estos años aparecieron las primeras señales de alerta que indicaban posibles resultados adversos en la aplicación de regulaciones flexibles en el mercado. Primero, seis bancos de tamaño mediano quebraron, lo que dejó a sus clientes peleándose por sus ahorros. Más adelante, en 1996, un escándalo de corrupción generalizada sacó a la luz casos de abuso de información privilegiada dentro de la Bolsa de Valores de Praga, desencadenando una retirada masiva de comerciantes extranjeros del Mercado de Acciones, lo que colocó a la inversión extranjera en un compás de espera.

Por otra parte, la estrategia de privatización basada en la conversión de la propiedad nacional en cupones (*investicne kupony*) y su distribución dentro de la población, dio lugar a una serie de consecuencias inesperadas. En primer lugar, la mayoría de los cupones fueron readquiridos por sociedades accionariales que pertenecían fundamentalmente a los bancos, incluyendo el casi 70% que actualmente se encuentra bajo control directo del Banco Nacional Checo. De esta forma, la propiedad nacional supuestamente privatizada, en realidad pasó nuevamente a situarse bajo el control del estado. En segundo lugar, el entorno regulador flexible dió lugar a una estructura de incentivos que facilitaba las actividades económicas deshonestas. Por ejemplo, las sociedades de acciones

se fraccionaron en algunas firmas afiliadas que terminaron como propiedades unas de otras, lo que dejó a los inversionistas en una posición de ignorancia con respecto a qué pertenecía a quién, o, lo que es más importante, quién debía responsabilizarse en los casos de bancarrota o de mala administración.

Un entorno de mercado semejante favorece más, sin duda alguna, el surgimiento de prácticas empresariales deshonestas e inmorales, que no eran precisamente las que esperaban Klaus y Jezek al principio. El hecho más reciente del hundimiento del milagro económico checo sucedió en el verano de 1997, cuando ocho de las mayores agencias de viajes se declararon en bancarrota dejando a miles de turistas checos abandonados por todo el mundo.

En suma, una rápida y profunda privatización regulada de manera flexible podría no constituir la estrategia más afortunada para la transición económica. Es evidente que tanto el momento como el ritmo de las reformas fueron factores importantes en Europa del este, sobre todo por la euforia inicial debida al hecho de que habían conseguido escapar satisfactoriamente del dominio soviético. Las élites que se acreditaron este hecho consiguieron imponer duras políticas económicas, y la población, al menos durante un tiempo, estaba dispuesta a tolerar sacrificios aún mayores en aras del futuro. Aquéllos que desperdiciaron esta oportunidad, no es probable que encuentren otra similar en el futuro inmediato. No obstante, dentro del enfoque neoclásico que incluye regulaciones flexibles de las actividades del mercado, y una pequeña participación estatal, se pueden encontrar algunos aspectos positivos. Un marco legal adecuado constituye, al parecer, un elemento importante si se desea evitar el surgimiento de un mercado caótico, deshonesto e impredecible, como en el caso checo. Después de todo, el fraude surge con frecuencia como estrategia de negocios, sobre todo cuando trae grandes beneficios. Por último, como Cuba no se encuentra, aparentemente, en posición de aprovechar ninguna clase de euforia popular en estos momentos, y no tiene un desarrollo industrial como el de la República Checa, ni tampoco constituye un probable candidato para un flujo masivo de inversión extranjera directa, una transición regulada y lenta con una fuerte participación estatal puede ser la alternativa óptima y más realista para su transición económica.

RESTITUCIÓN DE LAS PROPIEDADES

No se ha publicado, que yo conozca, ningún trabajo que examine todo el abanico de soluciones a las devoluciones de propiedades en Europa del este. Así pues, trataré solamente de esbozar un contorno esquemático que incorpore los asuntos y actores de mayor relieve en este tema que constituye, para Cuba, uno de los más importantes para su transición.

El problema de las devoluciones de las propiedades en Europa del este surgió inmediatamente después de las revoluciones de 1989, incluso antes de que los legisladores tuvieran tiempo de debatir un cuerpo de ley que regulara las demandas relacionadas con el tema. Algunos antiguos propietarios sencillamente reclamaron sus propiedades de manera tal que resultaron acontecimientos muy sonados, y otros siguieron su ejemplo. Varios actores tomaron

parte, fundamentalmente 1) los antiguos y 2) los actuales propietarios, o los que en esos momentos hacían uso de la propiedad en cuestión, 3) una serie de funcionarios estatales, y en algunos casos, 4) terceras partes externas. El contencioso de las devoluciones incluía los derechos de los antiguos propietarios que se contraponían a los de los propietarios actuales, por un lado, y la presión de terceras partes externas sobre los funcionarios estatales (en algunos casos) por el otro. Lo que complicaba aún más toda la situación era el hecho de que todo ello, al menos durante el período inicial de la transición, tenía lugar en un entorno que carecía de un marco legal coherente.

Un área de discusión incluía las devoluciones de edificios de apartamentos e instalaciones públicas en los que los antiguos dueños, al recuperar estos inmuebles, en ciertos casos reclamaban una reubicación inmediata de los inquilinos. Entre los sucesos más difundidos merece la pena mencionar el caso de una mansión en Praga que había pasado a ser una residencia de ancianos, y cuyos propietarios, al recuperarla, desalojaron a los inquilinos, para lo que contrataron a una agencia privada de seguridad; o el caso de una familia polaca que durante los últimos años ha intentado obligar a cambiar la sede de la Embajada de los Estados Unidos, o al menos renegociar los términos de su contrato de alquiler, pues se encontraba ubicada en una propiedad que les había sido devuelta. En la segunda área contenciosa intervenían terceros actores externos que ejercían presiones directamente sobre los gobiernos de sus países respectivos. Muy conocido es el caso de la organización Apelación de Judíos Unidos que insistía, a pesar de la oposición pública generalizada en Polonia, en que se reubicara un convento católico emplazado en los terrenos del campo de concentración de Auschwitz. Menos famoso, pero similar en importancia, es el caso del gobierno de Luxemburgo, que en 1991 declaró que votaría en contra de la aceptación de Checoslovaquia en el Consejo de Europa si no se le restituían las propiedades que habían pertenecido a su dinastía. Por último, los gobiernos checo y alemán acaban de firmar un Tratado de Amistad y Cooperación, en julio de 1997, después de varios años de negociación, en torno a las demandas de los alemanes de los Sudetes, que habían sido expulsados de Checoslovaquia en 1945.

A pesar de las controversias iniciales, las devoluciones se convirtieron en temas cotidianos, y a medida que se estructuraba el marco legal correspondiente, la intensidad de la polémica disminuía. Los checos decidieron que podía ser beneficioso devolver los castillos en estado de deterioro a los diferentes demandantes de la antigua realeza, debido a que el estado no contaba con los recursos financieros que requería su mantenimiento. En consecuencia, los herederos de los Lobkowitzes, los Schwartzembergs e incluso los de Luxembourg reclamaron gran parte de su herencia dinástica. También se devolvieron a sus antiguos dueños los pequeños negocios y tiendas, sobre todo porque se esperaba que esta acción estimulara el rendimiento económico en esta esfera algo paralizada. Los herederos de un zapatero, Tomas Bata, que ejerció su actividad en el período de entreguerras, readquirieron no sólo la fábrica de zapatos Zlin, sino también toda su cadena de tiendas por departamentos, virtualmente en ruinas. Actualmente, producen y comercializan el calzado

mundialmente famoso antaño, no sólo en la República Checa, sino en el resto del mundo. En casos más sensibles, las restituciones han sido reguladas. Los dueños de edificios de apartamentos, por ejemplo, están obligados a ofrecer una alternativa de vivienda si desean reubicar a los inquilinos.

En resumen, las devoluciones seguirán siendo parte inevitable de las transiciones del socialismo de estado, y Cuba no constituye una posible excepción. La experiencia de Europa del este indica que las devoluciones, en dependencia de las condiciones en las que se realizan y de las partes que intervienen en ellas, pueden llevarse a cabo en varios niveles de discusión. El caso checo de los herederos dinásticos prueba, al parecer, que una disposición favorable hacia cierto tipo de devoluciones puede no sólo ser útil sino también efectiva en el mejoramiento de la imagen internacional del país. El ejemplo de la familia Bata, por otra parte, evidencia que una restitución a tiempo puede resultar provechosa tanto a nivel internacional como a nivel de la economía nacional. Por último, los casos de deshaucio de los arrendatarios, así como el de la embajada norteamericana en Varsovia, sugieren que un marco legal adecuado debe reducir el nivel de disputa entre las partes involucradas.

EL PAPEL DE LOS EXILIADOS

La afirmación de que el próximo presidente de Cuba reside hoy en la Isla debe haber sido una de las más importantes observaciones, o profecías, que se hicieran a lo largo de todo el evento. La comunidad de exiliados cubanos en Miami y en España ejerce una influencia y un poder económicos considerables en estos lugares, y sus élites, sin duda alguna, esperan poder participar en la transición desempeñando un papel que excede en mucho al de observadores desinteresados. Ese papel, según la experiencia de Europa del este, podría ser constructivo o destructivo, y la correspondiente influencia de los exiliados sobre la transición podría ser sólo breve y superficial, o prolongada y profunda, en dependencia de la estrategia seleccionada.

Como no es probable que los funcionarios estatales entreguen voluntariamente su poder e influencia a los aspirantes externos, no parece razonable pronosticar que los cubanos de Miami entrarán en La Habana una mañana soleada envueltos en una nube de gloria, y que asumirán el control sobre el estado sin ninguna resistencia y con el apoyo incondicional de la población. Varios casos en Europa del este ilustran el hecho de que no es fácil ser profeta en su tierra, especialmente cuando el profeta desea desempeñar un papel muy visible y destacado. Un exiliado checo, Jiri Kutas, aseguró durante una conferencia de prensa en Washington D.C., en diciembre de 1989, que iba a convertirse en el próximo presidente de Checoslovaquia. Obtuvo exactamente dos votos de la Asamblea General compuesta por 15 miembros cuando Vaclav Havel resultó electo. Desde entonces no se ha sabido más del Sr. Kotas. La tentativa de Stanislaw Timinski, un negociante polaco-canadiense, resultó más próspera, pues se postuló a la presidencia polaca en 1992 y realmente logró derrocar a Tadeus Mazowiecky durante la primera vuelta de los comicios. Lech Walesa, sin embargo, salió victorioso en la segunda votación, y luego

le aconsejó afectuosamente al Sr. Timinski, camino del aeropuerto de Varsovia, que se mantuviera fuera de Polonia.

En contraste, algunos exiliados optaron por desempeñar un papel menos visible durante las transiciones. Por ejemplo, Karl Schwartzberg se convirtió en el jefe de la oficina del Presidente de Checoslovaquia, y estableció un departamento de relaciones públicas en Londres cuya tarea principal consistía en mejorar la imagen del país en el extranjero. Gracias, en parte, a la política de relaciones públicas del Sr. Schwartzberg en las fases iniciales de la transición, los checos adquirieron un reconocimiento internacional positivo en un período de tiempo relativamente corto, y lograron, hasta hace muy poco tiempo, que se ignoraran sus asesinatos –en sentido literal– en casos como la expulsión de los alemanes de los Sudetes después de la Segunda Guerra Mundial, la desintegración del estado en 1992, o más recientemente, en los casos de deportación aislada y de hostilidad racial sistemática hacia los miembros de minorías gitanas que residían en la república checa. Otras esferas en las que los exiliados pueden desempeñar un papel positivo son en el desarrollo de la sociedad civil y en la inversión directa en la economía. La figura activa más célebre en este terreno es George Soros, un húngaro norteamericano, cuyo Instituto de Sociedad Abierta (ISA) está constituido por una red de 36 ONGs diseminadas por toda Europa del este y la antigua Unión Soviética.

En resumen, la experiencia de Europa del este sugiere que una participación destacada del exilio en la política se convierte posiblemente en un elemento contencioso en lugar de aglutinador, y por lo tanto, llega a tener un efecto contraproducente y hasta destructivo, debido a que no es probable que las élites internas entreguen sin lucha su poder e influencia a aspirantes recién llegados. Una participación de perfil más bajo, por otro lado, podría muy bien servir a ambas partes al crear un entorno propicio para los acuerdos y el consenso. Los exiliados pueden intervenir con su experiencia y capital, y al mismo tiempo beneficiarse de la oportunidad de contribuir a conformar las políticas para la transición. Las élites internas, en este caso, no sólo tendrán acceso a profesionales e inversiones tan necesarios, sino que podrán demostrar que están dispuestos a compartir el poder y gobernar según el consenso. En consecuencia, como hiciera la República Checa, Cuba podría diseñarse una imagen internacional más aceptable en un período de tiempo relativamente corto y obtener de esta forma el reconocimiento y apoyo internacionales.

EL PAPEL DEL ESTADO

El declive de la capacidad del estado, en diversos grados de duración, caracterizó prácticamente a todas las transiciones de Europa del este. En algunos casos esto se tradujo solamente en breves rupturas del orden político y social. En otros, como en Yugoslavia, esto condujo a una violenta y prolongada confrontación entre las partes que pretendían obtener el control del Estado. Parece sensato afirmar que, en general, el debilitamiento de la capacidad del estado tiene efectos adversos sobre las transiciones, e incluso en casos extremos puede

conducir a un regreso a un régimen autoritario. Yugoslavia y, más recientemente, Albania son los ejemplos más sobresalientes.

Las condiciones existentes en los estados que poseen una baja capacidad, según algunos autores, intensifican la discordia y la confrontación en lugar de propiciar la colaboración y el consenso entre las partes interesadas. Esto ocurre por diferentes razones. Primero, al deteriorarse la habilidad del estado para estructurar las relaciones existentes entre los individuos y los grupos, las inseguridades aumentan, y los individuos comienzan a buscar su seguridad en lazos familiares, históricos, económicos o culturales. Segundo, estas condiciones son propicias para que los activistas políticos comiencen a plantear exigencias en función de sus respectivos grupos étnicos, raciales, religiosos, sociales o políticos. Estas demandas parecen 1) creíbles, a causa de la debilidad del estado, y 2) deseables, tanto para los solicitantes como para sus defendidos, debido a que su objetivo consiste en adquirir el control del estado. Por último, en condiciones de inseguridad, las exigencias planteadas por un grupo, suelen afectar los intereses de otro, lo que a su vez da un carácter inherentemente contencioso a las relaciones entre los grupos.

En este terreno, al menos dos puntos guardan relación con Cuba. En primer lugar, ¿cómo se puede determinar si la capacidad de un estado es alta o baja? En segundo lugar, ¿en qué condiciones la disminución de la capacidad estatal puede conducir a la violencia? Baker y Ausink sugirieron los indicadores siguientes para determinar el nivel de debilitamiento de la capacidad estatal:

1. Las presiones demográficas que se crean por un aumento de la competencia entre las diferentes comunidades étnicas / raciales.

2. Los movimientos masivos de refugiados que crean ciclos de desastres humanos e incrementan aún más las presiones demográficas.

3. El desarrollo económico desigual entre los grupos étnicos / raciales.

4. El legado de agravios heredados por grupos que buscan la venganza, o la paranoia colectiva.

5. La criminalización y deslegitimación del estado, que se manifiesta en un aumento de la delincuencia común, y la corrupción generalizada, especialmente dentro de la élite.

6. Los graves desajustes económicos.

7. El éxodo generalizado y sostenido de capital humano, fundamentalmente desde las filas de los artistas, los profesionales y los segmentos económicamente productivos.

8. El deterioro de los servicios públicos en todos los niveles.

9. El cese del imperio de la ley.

10. La presencia de un aparato de seguridad que funciona como un estado dentro de otro estado, en forma de guardia pretoriana que protege a gobernantes impopulares, y la existencia de brigadas de asalto y de camarillas militares.

Pese a que la utilidad de estos indicadores es discutible, los diez estaban presentes en Yugoslavia durante el proceso de su sangrienta desintegración, en tanto algunos, a saber, los números 5, 6, 7, y 8, estuvieron presentes a diferentes niveles en otros países de Europa del este a partir de la desaparición de los

respectivos regímenes comunistas. Los indicadores 6, 7, y 8 parecen encontrarse en Cuba en la actualidad. Desgraciadamente, existe un problema evidente con este sistema para medir la capacidad estatal; y es que todos pueden ser tanto consecuencias como causas de su debilidad. En otras palabras, no demuestran la tesis de que mientras más indicadores se encuentren presentes, mayores serán las probabilidades de que surja la violencia, tal como sustentan los autores.

En condiciones de debilitamiento de la capacidad estatal, las causas fundamentales de los resultados violentos, en contraposición a los no violentos, se deben buscar en el campo de las demandas que realizan los activistas en nombre de las partes interesadas, y en el nivel contencioso resultante. Una comparación entre los procesos de desintegración de Yugoslavia y Checoslovaquia indica que en los respectivos grupos contendientes, en ambos casos de marcado carácter étnico, tuvo gran influencia el legado de su historia popular y de sus tradiciones históricas. En Yugoslavia, por ejemplo, los activistas políticos serbios descubrieron que los temas referidos a las famosas batallas contra los musulmanes, las historias de héroes y mártires, y los recuerdos todavía vivos de un conflicto sangriento entre serbios y croatas durante la Segunda Guerra Mundial, causaban un gran impacto dentro de los posibles electores serbios. El presidente de Yugoslavia, Slobodan Milosevic, inició su campaña electoral en la provincia de Kosovo, de predominio albanés; y su discurso, en el que se refirió a los mártires serbios de una batalla ocurrida allí 600 años antes, desató disturbios masivos y progroms contra los grupos étnicos albaneses. El discurso, como señalara Veljko Vujacic, “constituyó un preludio de la guerra yugoslava que se aproximaba.”

Los checos, en cambio, parecen sentirse orgullosos de su tradicional moderación ilustrada y de su resistencia pasiva frente a la opresión. Esta particularidad fue captada magistralmente en un diálogo entre un *mlok*, animalito imaginario semejante a una lagartija (la salamandra, *N.del T.*), y un patriota checo, en la novela de ciencia ficción de Karel Capek titulada *Valka s Mloky* (*La guerra de las salamandras*). El *mlok*, después de leer y estudiar la *Historia de la Nación Checa* de Palacky, se dirige al patriota checo con el siguiente cumplido: “He leído bastante sobre el desastre de Bila Hora, y vuestros trescientos años de sufrimientos. ¿Realmente sufrieron mucho bajo la opresión de los tiranos extranjeros, señor?”, le pregunta el *mlok* al patriota checo. “Sí, mucho”, responde el patriota. “Entonces, señor, deben sentirse muy orgullosos de sus trescientos años de opresión. Fue una época grandiosa. Es una lástima que haya terminado”, concluyó el *mlok*. En otras palabras, hay muy poca historia popular y pocas tradiciones históricas que incorporen la violencia en el caso checo; lo que no quiere decir que un acontecimiento violento sea imposible. Esto sólo indica que no es probable, pues los activistas políticos tienen pocas posibilidades de lograr una respuesta del electorado checo con propuestas violentas.

En resumen, tanto el caso checo como el yugoslavo sugieren que las sociedades con historias populares y tradiciones históricas de carácter violento tendrán mayores probabilidades de recurrir a la violencia cuando se debilita el estado,

que aquéllas con trayectorias de no violencia. Esto sucede porque las motivaciones violentas tendrán mayor resonancia en el primer caso que en el segundo. Cuba, con su historia popular de dominación extranjera, y su lucha de liberación nacional a través de las guerrillas y la revolución, parece ajustarse más al modelo serbio de movilización que al checo, en momentos de debilitamiento de la capacidad estatal. Por lo tanto, podría decirse que lo más recomendable para lograr la transición no violenta y, posiblemente, satisfactoria, sería el mantenimiento de un estado fuerte. Por otra parte, a pesar de que Cuba parece ser una sociedad homogénea desde el punto de vista étnico, los electores potencialmente contenciosos probablemente se agruparán durante la transición siguiendo líneas divisorias políticas y raciales. Por último, el aumento de la pobreza relativa, el desgaste económico, el éxodo de los profesionales, y el deterioro de los servicios básicos, indican que la capacidad estatal en Cuba está disminuyendo y que, por consiguiente, un debilitamiento aún mayor del estado podría tener consecuencias catastróficas para toda la población en el momento de la transición.

CONCLUSIONES

Primero, es cierto que Cuba no tiene la capacidad industrial de la República Checa o Eslovenia, ni constituye un candidato probable para un flujo masivo de inversión extranjera, como lo fue Hungría. No obstante, y teniendo en cuenta las perspectivas de un mayor deterioro económico y su correspondiente aumento proporcional de las privaciones, los líderes cubanos no están en posición de dilatar aún más las reformas económicas y, posiblemente, las políticas y sociales. La experiencia de Europa del este indica que la salida del socialismo de estado podría ocurrir súbitamente, de modo que creo que los estudiosos de las ciencias sociales harían bien en dejar de esperar por una “Cuba sin Castro”, y en comenzar a considerar las posibilidades de que se produzca una transición dentro del régimen actual y, lo que sería más deseable, con su participación activa. A fin de cuentas, se puede afirmar con cierta razón que la apertura de Cuba a las inversiones extranjeras, el aumento de la entrada de capital extranjero, el desarrollo de la industria turística, y la próxima visita del Pontífice señalan que, en estos momentos, ya están teniendo lugar en este país algunos cambios.

Segundo, en el caso de Cuba, las transformaciones graduales y por niveles pueden ser más ventajosas que los cambios rápidos y profundos por diversas razones: 1) A diferencia de lo sucedido en Europa del este, los líderes cubanos podrían contar solamente con una euforia popular mínima; 2) Cuba no dispone de la capacidad industrial ni de los recursos naturales que la ayudarían a aminorar el impacto que la transición económica causaría en la sociedad; 3) Un aumento de la pobreza relativa –consecuencia probable de las transformaciones rápidas y profundas, especialmente en la esfera económica– podría desencadenar el malestar popular y tener un efecto adverso sobre la transición.

Tercero, la presencia de un marco legal, sancionado por el estado, que estructure las actividades económicas, lo que incluye la restitución de la propiedad privada nacionalizada anteriormente, constituye, al parecer, un elemento

esencial para moderar el impacto inicial, potencialmente negativo, de la liberalización económica. Por otra parte, las élites cubanas podrían aprovechar la experiencia checa respecto a una aparente disposición favorable hacia las devoluciones, para mejorar su imagen internacional y darle un buen impulso al rendimiento económico interno.

Cuarto, las élites cubanas en el exilio podrían aprender de su contrapartida del este de Europa y renunciar al protagonismo, aceptando un papel de perfil más bajo durante la transición, si desean ejercer una influencia constructiva. Esta estrategia de participación latente puede crear el espacio tan necesario para la negociación, así como desarrollar un potencial para el consenso, lo que no es probable que suceda de utilizarse una estrategia de participación visible.

Quinto, un estado fuerte probablemente sería un elemento esencial para una transición exitosa en Cuba. Resulta importante mantener la capacidad estatal, no sólo para lograr evitar una confrontación potencialmente violenta entre grupos divididos por razones políticas o raciales, sino también para brindarle a los funcionarios estatales una oportunidad que les permita conformar, aplicar, y hacer valer si fuera necesario, un marco legal que ofrezca una estructura de incentivos para estimular las actividades empresariales en expansión y encaminar la creciente movilización popular hacia la política.

En cierto sentido, si se compara a Cuba con los países de Europa del este, se encontrará en desventaja debido a que es un país económicamente subdesarrollado, y su llegada a la transición va a ser tardía. Pero, por otra parte, si los líderes cubanos pudieran (y desearan) aprender de la experiencia de Europa del este, este comienzo tardío podría convertirse en una ventaja. Ésta es, pienso, la lección más importante que Cuba debe aprender de las transiciones de Europa del este.

